

abismo de amargura y de dolor para nosotros, y yo no hallo que decir ni que hacer en tal apuro, sino que nos postremos á los piés de Jesucristo, y que llenos de confusion y de vergüenza lloremos con lágrimas de sangre nuestro indigno proceder, nuestra ceguedad y nuestra conducta temeraria. Vamos pues á implorar desde luego la misericordia de este Dios; á pensar en una vida de penitencia y de humildad como la suya; á pedirle que se apiade de nosotros todavía; que nos conceda el perdón de nuestras culpas, que nos dé su gracia finalmente para amarle y seguirle en esta vida, y poder recibir de sus manos la corona de la eterna felicidad en el reino de los cielos. Amen.

SERMON.

DE LOS DOLORES DE LA VÍRGEN.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Ecce mater tua.

Vé ahí á tu madre.

S. Juan, c. 10. v. 27.

No preguntéis, cristianos, no preguntéis, despues de haber oído esas palabras, si hay en el mundo todavía hombres de un corazon de fiera ó insensible. Vosotros y yo somos esos mismos y tal es el horrible carácter de nuestro corazon, si podemos oír con indiferencia unas palabras de tanto amor, de tanta ternura de tantas gracias y misterios. *Vé ahí á tu madre:* un Dios es, católicos, un Dios es el que se explica de este modo; pero un Dios que, ademas de la fineza de haberse hecho hombre por los hombres, así habla y se explica, no desde la eminente cumbre de los cielos ó desde la gloriosa cima del Tabor, dejándose ver allí como en el solio de su soberanía y entre los resplandores de su bienaventuranza; no tampoco desde el augusto templo de Salomon y entre los doctores de la ley, como cuando interpretaba las santas Escrituras con un aplauso y una admiracion universal, sino desde el monte funesto del Calvario, desde la cátedra sangrienta de la cruz, desde el patíbulo mas ignominioso y mas cruel; cuando este hombre Dios se ve mas perseguido y ultrajado de los hombres, mas cruelmente insultado aún de la gente mas vil del populacho, mas oprimido de mortales angustias y agonías; cuando se ve pendiente de un madero afrentoso con todo su cuerpo atormentado, herido, casi

enteramente desangrado, y para colmo de la inhumanidad y del horror, clavado allí con unas escarpas desgarrantes. Entonces, desde allí este gran Dios, en vez de prorumpir, lo mismo que allá en la montaña del Sinaí, con voces de truenos, de relámpagos y rayos para confundir, aterrar y exterminar á todos los mortales, no habla ni se explica sino en ese tono de amor y de ternura, capaz de hacer las mas vivas impresiones sobre quien no tenga un corazon enteramente insensible: *Vé ahí á tu madre.*

Porque no, no penséis que este Dios ofendido y ultrajado es un Dios que se explica así solamente con san Juan, solamente con ese discípulo querido; es un Dios, que en medio de ese abismo de oprobios y de injurias, se manifiesta como un bienhechor universal, que extiende estos efectos de su benignidad y su clemencia sobre todos los hombres, sin exceptuar aún los pecadores mas ingratos. Es un Dios infinitamente amante que, por uno de los sagrados excesos de su amor, se manifiesta mas cuidadoso de nuestra felicidad que del inmenso dolor de sus tormentos; y como si al pié de su cruz nos mirase á todos reunidos y representados en la persona de san Juan, así nos señala desde entónces para nuestra madre á aquella vírgen dichosa, que era también su madre verdadera. Ved ahí, hombres, nos dice, ved ahí á vuestra madre; y ved ahora que vosotros comenzaréis aquí á desenvolver á nuestra vista otra nueva serie de finezas, de misterios y prodigios.

Este Dios dulcísimo, este amabilísimo Hijo de María, que en calidad de salvador universal se dejó ver sobre el ara sangrienta de la cruz, como una víctima de propiciacion, destinada á morir, no solamente por el perdon de nuestros delitos personales, decia el mismo amado evangelista, sino para el perdon de todos los pecados de todo el universo; este Dios benigno, que despues de sacarnos del cautiverio infame de la culpa con el precio infinito de su sangre, se propuso el hacernos por la gracia hijos adoptivos de su Padre celestial, acreedores á las finezas de su amor y herederos de su bienaventuranza eterna; este Dios, este salvador, vuelvo á decir, se dignó también reconocernos como hijos adoptivos de María. Ó prodigios del divino amor! ó inefables finezas y misterios de la cruz! ¿los hombres hijos adoptivos de María? María, la emperatriz soberana de los cielos; María, la madre del mismo Dios ha de consentir en ser decla-

rada nuestra madre? ¿Á quién de los espíritus angélicos ha dispensado esta Señora un timbre tan glorioso? ¿á quién de los ángeles ha dicho alguna vez: tú eres mi hijo, y yo soy tu madre, yo te he engendrado al pié de la cruz, entre los dolores mas fuertes y mas vivos? Y qué? un privilegio que no han logrado de mano de María los mismos espíritus del cielo, ¿lo ha de conceder esta Señora con una santa prodigalidad á todos los hijos de los hombres? Sí ciertamente, responden de comun acuerdo los Padres de la Iglesia, y ese es como el fondo principal de esas palabras, *Vé ahí á tu madre.*

Por ellas quedamos los hombres, aunque indignos, elevados al honor de poder mirar á María como madre... ¿pero qué madre, cristianos? qué madre? Volvéd otra vez á reflexionar sobre estas palabras. *Vé ahí tu madre:* María es nuestra madre, pero una madre que nos ha engendrado, por decirlo así, al pié de la cruz, á costa de las mas terribles angustias y agonías; una madre amorosa, que por el amor que nos tuvo, aunque á todos nos veía pecadores; aunque veía que por este título le habíamos de costar, para ser nuestra Madre, los dolores mas agudos, mas penetrantes y violentos, sin embargo á todo se ofrece voluntariamente con la mira de poder adoptarnos á todos por sus hijos: una madre en fin, (y ved aquí todo el objeto de vuestra atencion y mi discurso) una madre la mas afligida y dolorosa para llegar á ser la madre de los hombres.

Decid ahora vosotros, si será un corazon de fiera ó insensible el que se desentienda de esas palabras; pero decid también, si no obstante eso hay muchos entre los cristianos que las oigan con la atencion y aprecio que merecen. ¿Cuántos son los que á imitacion de san Juan se mantienen firmes, al pié de la cruz de Jesucristo, quiero decir, cuántos son los que distantes de los placeres del mundo y de sus pompas, están inseparables de María en su afliccion, y que imitadores fieles de sus sentimientos y virtudes, manifiestan en toda su conducta, que no degeneran de hijos de María, que la honran, que la veneran y miran como madre? Se la invoca, es verdad, en las calles, en las casas y en los templos; se hace gloria de ser devotos de la Vírgen, liberales, magníficos, y aún santamente pródigos en costear sus cultos, en asistir y celebrar todos sus misterios con las adoraciones mas solemnes; pero por lo comun con el aparato de esta devocion superficial, se acaban todos los obsequios

de los que se persuaden ser hijos devotos de María. Y qué dice de esto Jesucristo? nos vuelve á repetir: devotos superficiales de María, mirád que esa devocion de pompa, de exterioridad y ostentacion, no es el culto principal de los que debéis á esta Señora. Pecadores ingratos, que acaso aún le negáis el honor de los cultos exteriores, mirád bien lo que le ha costado el extender las alas de su maternidad sobre vosotros: almas virtuosas, almas penitentes, veníd á acompañar á esta Vírgen dolorosa, y á considerar en este breve rato la acerbidad y la vehemencia de sus penas, sufridas precisamente por elevarnos, siendo pecadores, á la dignidad augusta de hijos suyos. El mismo Jesucristo parece que nos lleva nuestra atencion hácia este punto: este aún es el mismo que la Iglesia se propone en el oficio de este día y el que se propuso en el Concilio de Colonia cuando en el siglo XV condenó el impío error de los husitas, de aquellos herejes que no querian reconocer ni venerar á nuestra Reina como madre afligida y dolorosa.

Vírgen santa, alejád de nuestros pueblos la impiedad de todos los errores; conservádlos en aquella santa sencillez de nuestros padres y en aquella tierna devocion con que os veneraban y que nos han dejado por herencia: continuád vuestro cuidado maternal sobre nosotros; y pues sois madre de pecadores, asistídmeme á mí, que soy el mayor de todos ellos y tambien el mas necesitado de los socorros de vuestra gracia. *Ave María.*

Jamas hubo en el mundo una madre mas angustiada que María; pero al mismo tiempo, cristianos, jamas hubo tampoco otra madre que en medio de la afliccion haya tenido mas grandes y poderosos motivos de consuelo. Esta dichosa criatura, concebida sin pecado, escogida desde la eternidad para la ejecucion de los misterios mas sublimes, prevenida con todos los deseos del Espíritu santo, para ser asociada en cierto modo á la generacion del eterno Padre y ser verdadera madre de su divino Hijo, Madre y Vírgen, en cuyo favor se dispensaron las leyes mas constantes del orden de la naturaleza y la gracia; esta bendita y virtuosa criatura poseía en todos estos privilegios un manantial inagotable de dulces consideraciones, capaces de derramar torrentes de consuelo sobre su tierno y amante corazón. Por otra parte su alma preciosa enriquecida con los te-

soros de la eterna sabiduría y acostumbrada al ejercicio de las mas heroicas virtudes, pudiera fácilmente haberse preservado de todo el rigor de los dolores y las penas. Y ciertamente, si los mártires á favor de sus virtudes hallaron muchas veces sus delicias en medio de los oprobios mas infames, en medio de los tormentos mas horribles, ¿por qué no hemos de atribuir otro tanto á lo ménos á las incomparables virtudes de María? Aquella fe sublime, con que estaba cierta de la pronta y triunfante resurreccion de su Hijo amado; aquella firme confianza de la redencion del mundo por medio de la muerte de su Dios; aquella luz profética que le estaba haciendo ver á todas las generaciones empleadas en alabarla y bendecirla; aquella perfectísima conformidad con todas las disposiciones de la divina providencia; estas, y por no molestaros, todas las virtudes de la Vírgen, superiores sin comparacion á todas las virtudes de los ángeles y santos, conocéis vosotros sin duda, católicos, que eran otros tantos motivos, muy bastantes para endulzar enteramente la amargura de todos sus dolores.

Pero siendo esto así, me preguntaréis acaso ahora, María en medio de eso ¿pudo estar dolorosa y afligida? Sí pudo, os responde por mí el Padre san Bernardo: María no solo pudo, sino que sintió en su corazón toda la violencia de los tormentos mas crueles y toda la vehemencia de los dolores mas acerbos. Los efectos que una pasion sangrienta pudo causar en el cuerpo sagrado de su Dios y de su Hijo, ¿por qué no los podría producir la compasion en el alma de la madre mas tierna y amorosa? Sí ciertamente, dice con igual dulzura el mismo Padre de la Iglesia; y al modo que la caridad incomparable con que nos amó Jesucristo fué la que le hizo dar la vida por nosotros y expiar nuestras culpas entre los tormentos de la cruz, así tambien el amor de María fué el que la hizo compadecerse y afligirse hasta el extremo de ser la madre mas afligida y dolorosa, sin embargo de que tenia en sí misma los principios mas eficaces de consuelo. Qué hay que extrañarlo? Aunque quisiéramos por ahora prescindir de otras razones, ¿no veis que María en este lance se hallaba á los piés de la cruz de Jesucristo? Pues cómo queriais que estuviera? ¿como esas gentes del gran mundo, como esos católicos ilusos, que se creen devotos de María, miéntras que sedientos de placeres, hidrópicos de diversiones no viven con gusto, si no cuando se ven enajenados y sumergi-

dos entre las delicias de la carne y de la sangre? Qué ilusion, qué ceguedad! No, cristianos, no; acordáos de que ademas de estar María al pié de la cruz, no se trataba allí sino de nombrarla madre adoptiva de los hombres, y no extrañaréis ya el verla que á impulsos de su amor, acepte, admita y escoja por sí misma todos los dolores mas acerbos.

Que María sin detrimento de su virginal pureza conciba en su casto seno al Unigénito del Padre; que se constituya su madre verdadera, sin padecer fatiga alguna el fruto animado de su vientre; que en el punto de su feliz alumbramiento se vean inundados de alegría los cielos, la tierra y el amante corazon de esta Señora; todo esto era una consecuencia natural: los hijos de Eva delincuentes, los miserables sucesores de un padre prevaricador, los hijos de ira y de pecado, ¿cómo habian de ser concebidos, ni nacer á costa de los dolores de sus madres? Á esta costa pues, siendo como éramos reos todos en Adán, á esta costa debíamos nacer de los dolores de Eva á la vida de la naturaleza, y renacer de los dolores de María á la vida de la gracia. Hijos de Eva ó hijos de María, engendrados por la carne ó reengendrados por el espíritu; una y otra concepcion, uno y otro nacimiento, ya despues que fuimos pecadores, no hay remedio, solamente se habian de efectuar, sufriendo nuestras madres toda la penalidad de los dolores. ¿Qué queriais pues segun esto que hiciese María al pié de la cruz de Jesucristo? Oye que se le encomiendan en la persona de Juan por hijos adoptivos todos los hombres; entiende muy bien que estos hombres, siendo culpables, no pueden ser sus hijos adoptivos, ni tampoco verdaderos hijos de su Dios, si no es que sea mereciéndoles el don de la gracia y las virtudes; sabe que para esto era necesario satisfacer por las culpas de estos hijos pecadores, reintegrando á la divina justicia sus derechos por medio de los mas rigurosos sacrificios; ve que su Hijo ya los ofrece por su parte sobre el ara sangrienta de la cruz; pero aunque estos sacrificios eran por sí solos de infinito valor, sabe María que este hijo quiere sin embargo unir al dolor de sus tormentos la vehemencia de los dolores de su Madre, porque de este modo así como no quiso comenzar la grande obra de la redencion sin asociarse á María, no tomando nuestra carne humana hasta que María consintiese, así no quiere consumir la misma obra, sin que al pié de la cruz tambien le acompañe María en sus

dolores; y para decirlo de una vez, sabe María que cuando su Hijo la constituye madre de los hombres, la hace madre de unos hijos criminales, para cuya regeneracion María voluntariamente ha de someterse á aquella terrible maldicion fulminada contra Eva, la primera madre de los hombres. María todo lo sabe; y no rehusa ni se resiste á nada de esto. Mas qué digo no rehusa? María lo acepta todo con la mas heroica generosidad. María amaba á su Hijo, y eso bastaba para conformarse con él en sus dolores; María nos amaba, y esto era suficiente para sujetarse á ser la madre mas dolorosa y afligida, por hacernos á todos sus hijos adoptivos. Así pues María en este punto no se contenta con resignarse á la voluntad de Dios. La resignacion es un acto de simple aquiescencia, ó de mero sufrimiento y tolerancia de aquello que no podemos evitar nosotros ó impedir. Es acto virtuoso; pero acto que viene á ser como el infimo grado de la virtud de la paciencia; y María es siempre heroica en el ejercicio de todas sus virtudes. Por eso no se contenta en sus dolores con una simple resignacion, la cual puede caber en un ánimo cobarde y encogido. María pues animada de una fortaleza sin ejemplo, toma y se bebe todo entero el cáliz de la amargura, por un deseo generoso de conformarse, cuanto le sea posible, con su Hijo.

Con este acto de conformidad tan heroica de María, en el amargo mar de sus dolores, no solo se niega á todos los consuelos, que podrian aliviarla, sino que de intento abraza y busca todos los arbitrios que le pueden facilitar su ciencia y sus virtudes, para llegar á lo mas profundo de la acerbidad y amargura en sus dolores. Ya se habia visto en el mundo un Jacob extremadamente afligido en la pérdida de su querido Josef, rehusar toda suerte de lenitivos á su dolor: se habia visto tambien á un David con un alma tan grande, que hacia frente á cuanto le podia consolar, al verse tan cruelmente perseguido de Absalon; en fin, de la misteriosa Raquel ya se nos habia asegurado, que entregada al llanto á vista del espectáculo sangriento de sus inocentes niños, no quiso sino quedar inconsolable. Pero lo que el mundo jamas habia visto, ni acaso esperaba jamas verlo, fué lo que al pié de la cruz vió en María á imitacion de Jesucristo, cuando renunciaba allí con un absoluto y generoso sacrificio á todos los consuelos que estaban en su mano; y que ademas de hacer parar todo el placer que en su

corazon se derramaria con el recuerdo de las glorias de su Hijo, dejaba correr toda su atencion sobre aquellos objetos dolorosos que la iban á afligir con mas vehemencia.

En efecto, estando al pié de la cruz, miraba á su Hijo con un nuevo aspecto de dolor, mucho mas sensible que todos los dolores de su vida. No hay duda, que cuando le vió recién nacido y ya sujeto al sangriento cuchillo de la circuncision, la cual fué como la época primera de las heridas del Hijo y de los sentimientos de la Madre; que cuando le vió como un tierno niño, y ya obligado á salir fugitivo de su patria, buscando en la ajena un asilo contra la crueldad furiosa de un Heródes; que cuando penetrada vivamente de dolor, le anduvo buscando perdido por tres dias; que cuando en fin le vió arrastrado de tribunal en tribunal, tratado como si fuera el malhechor mas execrable, sentenciado á muerte y condenado á llevar sobre sus hombros por las calles de Jerusalem el leño afrentoso del suplicio; no hay duda, digo, que cuando le vió en todos estos tristes sucesos de su vida, su dolor fué ciertamente inexplicable. Sin embargo parece que esta Señora se ve atormentada y oprimida de un modo mas sensible á la vista de su Hijo y su Dios crucificado. Qué vista esta, cristianos? Aquí necesitaba yo una elocuencia celestial, para tratar este punto dignamente y retrataros de algun modo el corazon angustiado de María. Por lo ménos era preciso que vosotros y yo tuviéramos unas ideas vivas del horror espantoso del pecado, para que así las tuviéramos mas justas de la afliccion y agonía de la Vírgen. Pero ¿qué distantes estamos de tener estas ideas, hallándonos tan familiarizados con las culpas, que léjos de horrorizarnos nos agradan? Como quiera que sea, aunque el ver espirar á su Hijo á la violencia de las mas crueles heridas y tormentos, era para María un dolor de vehemencia casi incomprensible, sin embargo, san Antonino asegura, que María hubiese estado allí presente, y si Dios se lo hubiese mandado, hubiera ejecutado por sí misma y sin repugnancia este doloroso sacrificio con mayor grandeza de ánimo que Abrahan, porque no habia otro que pudiese expiar las culpas de todos los hombres.

Pero estas culpas eran las que no solo la traspasaban de dolor, sino que como dice el Padre san Gerónimo, dejaban á su alma poseída del horror, y como hundida y abismada en un océano inmenso de penas y amargura. Á pesar de todo este

horror que María tuvo de las culpas, las mira, las contempla atentamente, y lo que es mas que todo, las mira sobre la cosa que mas estima, las contempla sobre su Hijo y sobre su Dios crucificado. Allí en la cruz le mira cargado con el oprobio de las maldades y delitos de todos los siglos y de todas las naciones; allí al que es la hermosura por esencia, le ve afeado con la espantosa deformidad de nuestras culpas: allí mirándole taldrada de espinas su cabeza, ve sobre él las odiosas señales de nuestros pensamientos vanos y orgullosos: allí mirando su desnudez y sus dolores, se llena de un pudor santo para ver los vergonzosos deleites de nuestras lascivas impurezas: allí en las heridas de aquel cuerpo todo desgarrado, ve con claridad las huellas sangrientas de la envidia, del odio, de la avaricia y la venganza; y para decirlo de una vez, con la expresion sublime de san Pablo, allí al que nos habia de llenar de bendiciones, le ve hecho por nosotros la misma maldicion.

Ó Madre la mas afligida y dolorosa! dónde hay dolor que iguale á este dolor? ¡Oh y cuánto os cuesta el recibir por hijos á unos ingratos pecadores! á unos pecadores tan ingratos, que como si todavía os fuera poco sensible ese espectáculo sangriento de vuestro Amor crucificado; como si fuera poco el verle humillado, desfigurado y confundido con la ignominia horrorosa de las culpas; como si fuera poco el verle en castigo de estas culpas, herido, y lo que es mas, casi abandonado de un Padre, cuya justicia parece haberse ensangrentado contra él, sin mas que por hallarle fiador de Adán y de sus hijos; como si os hubiera sido poco sensible todo esto, parece que se empeñan en aumentaros dolor sobre dolor. Porque ¿qué dolor, Madre y Señora mia, qué dolor no sentiriais, al ver tambien allí, que todo el fruto de la pasion de vuestro Hijo, todos los designios de vuestros dolores y trabajos, toda la grandeza de vuestros privilegios, todo vuestro poder, valimiento, proteccion, gracias y cuidado maternal, todo, Señora, todo lo habíamos de inutilizar para nosotros por nuestra monstruosa ingratitud? ¿Qué consuelo os quedaria despues de esto, en vuestros gravísimos dolores? Dolores por la pasion y por la sensibilidad de vuestro Hijo, y dolores por nuestra insensibilidad: de aquellos os pudierais consolar al ver el fruto de la redencion; pero ¿qué consuelo os restaria al ver que nuestra ingratitud iba á destruir todo el fruto de la pasion, y de tus dolores y trabajos!

Ó madre, vuelvo á decir! ó madre la mas afligida y dolorosa! Pero, ó hombres! ó pecadores! vosotros sois los que la tenéis tan dolorosa y afligida, porque haciéndoos indignos de las gracias de la redencion con vuestra insensibilidad é impenitencia, dobláis y reproducís á esta Señora sus pasadas congojas y amarguras. Y ¿qué, cristianos, seremos nosotros del número de estos hijos inhumanos? ¿Pensaremos en martirizar mas á esta Señora? Ved ahí que segun los santos designios de la Iglesia, vamos á entrar en la semana de los misterios mas augustos; semana sacrosanta, escogida por el Hijo de Dios para santificar al mundo entero; semana bendita, en que no deberíamos respirar mas que gracias y alabanzas al Señor; semana en fin, en que como hijos de María la deberíamos imitar en su afliccion, doliéndonos á ejemplo suyo de las miserias de las culpas, mucho mas que de las miserias de los trabajos temporales. Pero quién lo dijera? Segun los designios del mundo y de las gentes, ved ahí que vamos á entrar en la semana de los mayores excesos y delitos; en la semana de los sacrilegios y profanaciones mas horribles; semana en que para honrar la pureza de la Virgen, se trae á los templos el alma corrompida con toda la hediondez de la lujuria; para honrarla en sus penas, se trae el corazon embriagado de placeres; para imitarla en su humildad, se viene con todo el aparato de las modas, con todas las insignias de orgullo y con las cabezas llenas de locura y vanidad, en memoria de las crueles espinas que taladraron la de nuestro Redentor. Ah, cristianos! dónde está la fe? dónde la razon, dónde la humanidad? Es esto ser hijos devotos de María? ¿No es esto mas bien venir á insultarla con desvergüenza, y venirla á tratar con el último desprecio? ¿No es esto tener un corazon de fiera ó insensible? Confundámonos pues ya de nuestra ingratitud, acabemos con nuestra malicia é indolencia; no olvidemos los dolores de una madre tan angustiada y afligida: recibámosla desde hoy con afecto de hijos verdaderos, para que en la hora de la muerte como reina y madre nos reciba en los palacios eternos de su gloria. Amen.

SERMON.

NI LA MAYOR VIRTUD

NI LA MAS PERFECTA SANTIDAD

ESTÁN EXENTAS DE TRIBULACIONES.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DE GONZÁLEZ.)

Fecit Dominus quæ cogitavit, complevit sermonem suum, quem præceperat à diebus antiquis: destruxit, et non pepercit.

Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia ordenada desde los dias antiguos: destruyó y no perdonó.

Trenos de Jeremías, c. 2. v. 17.

Verdaderamente, Señor, que vuestros juicios son incomprendibles! El humilde cristiano los adora sin atreverse á profundizarlos, miéntras el orgulloso incrédulo los condena por querer someterlos al juicio de su débil razon. En lo mismo en que el primero halla los mas sólidos argumentos con que demostrar la existencia de vuestra universal justicia, de vuestra adorable providencia, descubre el segundo razones, que en su opinion son las mas evidentes para impugnar estos atributos de vuestra esencia.

Tales son, cristianos, los caminos del Señor en la distribucion de los bienes y males de este mundo. Este misterio es un escollo inevitable para el hombre destituido de la luz clarísima de la fe; un escollo en que por necesidad se estrella, se pierde su ciega razon. Porque ¿cómo ha de conciliar la desgracia del justo y la prosperidad del malvado con la infinita justicia de un